

## **L'autoritat femenina**

Des del novembre de 1995 un grup de dones, per iniciativa de Duoda, Centre de Recerca de Dones de la Universitat de Barcelona, ens reunírem a Ca la Dona amb el desig de participar a les jornades *20 anys de feminisme a Catalunya*. Ens vam anar trobant mensualment per aprofundir des de la nostra experiència en la figura que la Llibreria de dones de Milà i les filòsofes de Diòtima de la Universitat de Verona han anomenat *autoritat femenina*. Publiquem ara els texts que vàrem presentar a les jornades en dues taules rodones el dies 24 i 25 de maig de 1996.

## **Viure l'autoritat femenina**

**XIRUCA P. DE ASÍS**

### **Reconocer y reconocerse autoridad**

En el libro "La risa de la Medusa" de Hélène Cixous hay una frase que dice: "por todas partes veo reproducirse a escala individual la lucha por el dominio que hizo estragos entre clases, pueblos, etc. ¿Acaso el sistema no tiene fallos? ¿Es inevitable?"

Esta palabra: inevitabilidad, no tiene, precisamente, mi respeto. Suena a condena, a perpetuidad. Cuando escuchaba esta palabra sentía desasosiego y mi voz -cuando conseguía articularla- salía como una tormenta inesperada. Otras veces, me callaba envuelta en una madeja de nervios... estaba cansada de escuchar esa palabra. Una de las columnas sobre las que se asienta el sistema patriarcal.

Cada una de nosotras, de acuerdo con su propia historia y su propio devenir en la vida, elige la forma adecuada cuando siente la imperiosa necesidad de estar viva. Y cada una de nosotras tiene su propia apreciación de lo que significa vivir.

En ese camino del deseo de vivir a veces se da la paradoja, aunque no es tal, de que tienes que ir hacia atrás, revisando la propia historia, los propios acontecimientos, los propios hechos, las propias palabras, la correspondencia entre ellos. No es un acto de ojear el pasado, sino de

analizar lo ocurrido, no desde dentro del sistema en el que se han producido esos aconteceres, sino desde fuera. Mientras que se va desgranando las sombras, las opacidades, se va visualizando claridades, sensateces, con-sentido, se está desconstruyendo.

Y llega un día en que ya tienes el solar limpio, sin los cimientos ilógicos del patriarcado, sin el sinsentido de la voz del Padre. Y ese día, que puede ser un día muy largo, encuentras que estás como suspendida en el vacío, un vacío que también se siente en el interior. Decides buscar más, más... No sentía miedo, no tenía nada. Aquí tuve que hacer un esfuerzo grande. Me aparté de todo aquello que de una u otra forma pudiera alterar mi decisión de continuar. Continué con mis libros, mis salidas a las montañas (lugar en el que nadie me preguntaba quién era). En este caminar me encontré con mujeres que no conocía de nada, solo sus textos. Me quedé con unas palabras de Milagros: "estoy cansada de esperar". Yo también lo estaba. Te indignas porque aún hay hombres que están discutiendo el sexo de una mujer que hace unos cuantos cientos de años escribió un tratado de salud, y simplemente, no creen que sea una mujer. Lees a María Zambrano y su reflexión sobre quien se tiene que marchar de su gente, de los sabores, de los olores. La imaginas sentada encima de una maleta y te ves a ti y a todas las que han tenido que dejar su tierra obligadas por la violencia. Por si no me había enterado, Julia Kristeva escribe sobre el sentimiento de la extranjería. Así, una y otra vez. Sin saberlo, sin temerlo, ahondaba más y más y un día sabes que tienes que actuar. Casi había reconstruido mi vida, mi pasado, con la mediación de mujeres, de escritos de mujeres.

Una de las veces que hablé con una mujer querida y a la que deseaba decirle mi caminar, me preguntó ¿estás loca? Me volví un tiempo a los bosques. Si estaba loca, allí no lo parecía. Y en esta última estancia en las montañas encontré signos visibles, palpables, signos pertenecientes a esa sensibilidad que te une a las antepasadas propias y que te dicen: sigue, has podido llegar, desde aquí has de continuar pero ya desde el lugar que tú quieres, que tú deseas. Y

aún no sabía cómo se hacía aquello que deseaba. Algo no estaba ocurriendo.

Me equivoqué. Algo estaba ocurriendo. Un día, Àngels (Librería Pròleg) señaló un libro y dijo: lo tienes que leer. Me acerqué y sólo el título del libro hizo que pensara ¿estaré en posición de entenderlo? El título era muy atrayente: *El orden simbólico de la madre*. En esas idas y venidas lo que había estado desbaratando dentro de mí era, precisamente, el orden simbólico del padre, las religiones monoteístas, las filosofías mayoritarias que parecían inamovibles: Schopenhauer, Kant, Hegel, etc. He de aclarar que los contactos con estos filósofos, con estos pensadores, no era desde una posición de estudiante académica. Sino desde una currita de la cruz que necesitaba respuestas menos simplistas de las que le habían dado. Adopté una actitud solemne y dije "Àngels, aún no estoy preparada". Otro día, me acerqué, lo palpé, lo abrí. Miré a Àngels, ella me miró: Aún no, Àngels. Tú misma, contestó.

Yo misma, un día, tomé el libro entre mis manos y dije: Àngels, me lo llevo! ¿Ya estás preparada? No sé, ya te diré...

Luisa Muraro vino a Barcelona a presentar su libro en la librería y fui a escucharla. Habló, dijo, comentó. Y escuché: aún no he dejado de fumar. Y ¡zas! cantidad de pensamientos, sentires, emociones, decires, fueron tomando cuerpo, formas y asiento dentro de mí. Pero me faltaba la palabra, la palabra de otra mujer en la que yo pudiera reconocirme. Necesitaba la palabra, pero no en la forma textual. Esta ya no era una necesidad. Ahora era el sonido, la palabra audible, la palabra reconocible. Y me la encontré en otra charla, en una mujer de piel arena de otoño. Actuar. Acción. Arendt. Elizabeth Uribe.

Había conseguido, lentamente, ir llenando el vacío que había quedado dentro de mí, pero lo había estado llenando con pensamientos, sentires de otras mujeres, pero qué hacer con todo ello, cómo ponerlo en circulación, cómo hacer para que tuviese vida propia,

propio deseo. Y otra vez Àngels. "Me gustaría hacer esto. Déjame pensarlo. Hagámoslo! Tú, esto, que sabes más. Tú, lo otro, que sabes más".

Y me puse en acción. Puse un deseo en acción. Un deseo que me ha permitido contactar con mujeres que para mí eran importantes, unas mujeres que sin conocerme dieron crédito al deseo que en forma de proyecto les presentamos desde Pròleg. Y es aquí donde empiezo a ver el significado de las mediaciones de las mujeres. Y una de las primeras mediadoras entre un deseo de mujer y otras mujeres, fue Àngels. Ahora bien, si las mujeres a quienes llamamos no hubiesen hecho circular la autoridad femenina, este deseo no hubiese tenido cuerpo.

Simultáneamente en el tiempo, el grupo de Autoridad Femenina, este, se reunía en Ca la dona. Con mi palabra de bebé sin trienio pero también con un deseo, otro más, me acerqué a ellas. Y ellas me acogieron en mi balbuceo. Ellas, en momento, han sido lo que Luisa Muraro dice "o quien por ella". Elizabeth dio dimensión a la palabra acción. Milagros calmó alguna que otra inquietud y despejó neblinas, Montse calmó, despejó y dio calidez, Sana y Teresa respondieron a un adolescente *¡help!* Montserrat y Gloria dieron serenidad y espacio; Caroline, alegría y Fátima, su nombre, que era -y es a veces- la evocación de tardes de color ocre en la terraza compartida de mi tierra. En pocos meses, en comparación con los muchos que tengo, he visto, he vivido lo que una mujer dijo: son sueños. Si me lo permitís, quiero decir que en un orden, en un sistema diferente, los deseo de una mujer no son sueños, son deseos.

## **MARIA-MILAGROS RIVERA GARRETAS**

### **Una experiencia de circulación de autoridad**

Una de las claves que distinguen la autoridad del poder es que la autoridad fluye, se mueve, circula; no está hecha para estancarse ni para instalarse colonizando poco a poco el entorno hasta erigir un monumento que indique ya desde lejos: «todo esto es mío, o nuestro». La autoridad es como la voz y palabra, como la palabra oral especialmente, que dice, que limita, pero dejando siempre sitio al olvido y a la transformación por parte de quien sea el o la tú del diálogo. Es decir, se pone y se quita, se produce, se reconoce y también se desvanece para retornar de nuevo en otro o en el mismo lugar.

En este sentido, el «Sottosopra rosso», de la Librería de mujeres de Milán, ha descrito la autoridad como figura del intercambio, como «cualidad simbólica de las relaciones, como una figura del intercambio» -dicen- «de manera que nadie es «la autoridad»; esta, en cambio, es reconocible en el incremento que da al círculo virtuoso de las relaciones mediadoras.» O sea, que la autoridad se reconoce en ese más, un más que se suele vivir como placer, como felicidad, del mostrarse algo sensatamente a los ojos, del unirse experiencia y símbolo (palabra) en la relación con otra que es a la vez dispar, semejante y distinta de mí. Un más que se puede reinvertir en el mundo, en un proceso repetible hasta el infinito.

Y sin embargo, el peso acumulado de la costumbre de capitalizar en

poder establecido puede hacer que una relación que empezó siendo una relación de autoridad se estanque hasta transformarse en una relación de poder. Por eso, yo voy a contar una experiencia de una situación de riesgo, en la que era y es posible elegir entre, por una parte, encarnar y, por otra, dejar circular ese más que es la autoridad; una experiencia en la que, además, han intervenido las circunstancias, el azar de las cosas, ese azar que modifica o puede modificar, a su vez, las decisiones tomadas en esa situación de riesgo.

Yo contribuí a formar y coordiné desde sus orígenes un grupo de investigación de mujeres en la Universidad de Barcelona. En el grupo, no en todo pero sí en una parte sustancial de él, se fue dando con el tiempo un proceso de reconocimiento de autoridad hacia mí. Un proceso que a mí, a otras, nos hizo crecer, realizar deseos, agrandar espacios interiores y algunos también exteriores; un proceso que creó también un más que no sabíamos entonces nombrar.

Al cabo de unos años, se produjo una crisis fuerte de autoridad dentro del grupo, no cuando el proyecto iba mal sino cuando iba bien; una crisis que me confundió por eso y porque su propósito no parecía ser el de reemplazar mi autoridad con la de otra, sino señalar que estaba ocurriendo algo que no se acababa de nombrar. No supe entonces, no supimos, leer esta crisis en términos de ocasión para evitar que la autoridad se encarnara en una mujer concreta, transformándose así en poder, y saltamos a la vía de solución antigua, la que lee las cosas en términos de poder, no de autoridad; una vía de solución que consistió en poner de coordinadora del grupo a la que había provocado la crisis. Ella aceptó la coordinación pero no la ejerció, de manera que las investigadoras dejaron poco a poco de acudir a las reuniones. En cambio, al cabo de un año, el grupo supo desplazar el conflicto reconduciéndolo al orden de significado del que había salido y reconoció la autoridad de una tercera investigadora, Montserrat Cabré. Esta aceptó, aunque con dificultad, porque asumir autoridad es duro, comporta asumir conflicto. Con su coordinación, el grupo, que había llegado al punto de correr el riesgo de desintegrarse, se rehízo enseguida y ahora fluye en él de nuevo la creatividad.

Recientemente, sin embargo, el azar y el poder de la burocracia han vuelto a intervenir y yo tengo que ser oficialmente la coordinadora del equipo, en tanto que reponsable del dinero -ese significativo universal del patriarcado- que el proyecto mueve. El reconocimiento de autoridad pienso que seguirá, sin embargo, estando en la investigadora que lo tiene ahora. De manera que el reto que tenemos delante en este momento, el aprendizaje principal de esta experiencia, es ganarle desde la relación de autoridad espacios al poder que se apoya en esos signos externos que son el dinero y la burocracia.

Ganarle espacios al poder desde la relación de autoridad no es fácil; no es fácil porque no se trata de aplicar fórmulas predefinidas sino de reconocer y hablar, poner en palabras, las contradicciones en vivo. Pensando en mi experiencia puedo decir que es especialmente difícil para las emancipadas como yo, que casi olvidamos en su día el orden materno y vivimos con la mediación del poder agazapada esperando salir. Una parte de este olvido del orden materno no la resiento, sin embargo. Pienso que ha sido el precio adecuado por los beneficios de la emancipación que han perdurado en las relaciones sociales, como bien común de muchas mujeres. Es como si al emanciparnos de lo llamado femenino específico, de lo femenino no libre, nos hubiéramos desprendido también de partes de lo femenino libre que no supimos reconocer como tales. Esas partes pienso que ahora puedo reconocerlas como femenino libre: una de ellas es precisamente la de la importancia de hacer que ese más que es la autoridad circule, no se estanque y, sobre todo, no se acapare, dé lugar a ese *nothing is plenty for me* que canta la Ella Fitzgerald.



## **ELIZABETH URIBE PINILLOS**

### **Autoridad y corporeidad**

Para mostrar el nexo -que me parece vital- entre autoridad y corporeidad comentaré primero una experiencia y de ella haré una reflexión.

Cuando escuché y vi por primera vez a Luisa Muraro tuve, por parte de mi cuerpo, una reacción de no comunicación frente a un discurso que de palabras y significado decía tanto para mí y, sobre todo, me era tan necesario. Constaté de nuevo en esta vivencia la imperiosa necesidad de coincidencia entre los distintos lenguajes de la palabra cuerpo. Han pasado algunos años y en la cercanía-distancia de mi relación con ella y su obra tengo otro tipo de encuentro: uno donde cuerpo y mente, armónicamente conviven. Por ello desde «lo que está presente en mí»,<sup>1</sup> la autoridad, como la entiendo y vivo, supone un reconocimiento basado en la confianza, confianza que para mí remite a la antigua relación con la matriz de la vida en donde, como la misma Muraro lo plantea, «el orden de la vida no es separable del origen del lenguaje, ni el cuerpo de la mente»<sup>2</sup> y cuya vinculación no es objeto de la demostración, continúa ella, sino un modo de ser, un hábito.

Retomando este origen indisoluble y todo el trabajo de lo simbólico y su nexo ¿por qué no? con el inconsciente quiero ligar algo clave en todo este proceso y que cuando lo escuché en palabras de Milagros Rivera «nombró» experiencias vividas en todo mi ser: «ser acogida

en cuerpo y palabra». Sí, se trata de que el cuerpo fundido en/con la palabra que también lo constituye, fluya en ella con todas sus emociones y expresiones. Que se digan en él. Cuerpo pues conectado a sus emociones y que refleje un registro de mediación amorosa donde hay y existe una relación con la otra, con el otro, un intercambio como preocupación central.

Y si bien la mediación es de orden simbólico, la misma abre compuertas para la transformación de lo real y de lo real desde, en y con lo sensible.

Remontarnos a la representación de la relación madre-hija, insignificante en el régimen del uno, remite al cuerpo a cuerpo con la madre<sup>3</sup>, a todo aquel período donde ella con el suyo nos hacía de mediadora con el mundo y luego nos traía con su palabra el mundo al mundo. Hacer significativa esa relación, nombrándola para que circule esa manera de representarse el mundo, está íntima y estrechamente vinculado con la manera en que nos representamos y hemos aceptado nuestro propio cuerpo, la corporeidad.

Cuerpo flexible o rígido que dice algo de nosotras y de nuestra relación consigo, las, los demás y el mundo. Cuerpo que además de la palabra recuperada habla también en gestos, articulaciones, «estados de ánimo», micros y macromovimientos en cada una de las partes de nuestro cuerpo con otras manifestaciones del lenguaje y que transmiten energía, auras.

Pero muchas de esas manifestaciones no son aún plenamente conscientes, se disparan, nos asaltan y nos «revelan» evidenciando en ocasiones parte de nuestra historia padecida pero no restituida la antigua relación con nuestra madre, de la dificultad con ella que nos dio en «un océano de amor» la vida que tenemos hecha cuerpo, junto con la palabra que hablamos.

Cuando digo «cuerpo que se vuelve texto», idea aprehendida de otras mujeres, quiero significar casi literalmente aquellos momentos

en que nuestras palabras no conviven armónicamente con nuestro cuerpo, cuando él, no acogido ni reconocido por nosotras y otras, se dice y se revela, rebelándose y separándose del lenguaje hecho palabras.

Pienso que este es un nudo que aparece cuando aceptamos que la política que asumimos es la de la mediación, la primera con nuestro origen y nosotras. Sobre todo si esa política tiene como pre-ocupación la modificación de sí que la hace consustancial y simbólicamente diferente de la que hasta ahora ha ocupado el lugar central. Es un poco tomar en nuestras manos para, nombrándola y darle lo que como sentido y casi modo de ser ya es, «la política de las mujeres es la política», afirmación que sin este sustrato puede sonar para algunas escandalosa.

**notas:**

1. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Editorial Horas y horas, Madrid, 1994, pág. 58.
2. Op.cit, pág. 49.
3. Luce Irigaray, *Cuerpo a cuerpo con la madre*, La Sal, Barcelona, 1985.

## **GLORIA LUIS PERALBO**

### **Una experiencia de autoridad femenina antes de que se nombrara la figura.**

La dureza de la situación que acabo de atravesar me ha obligado a pensar mucho sobre las cosas y darme cuenta real de lo importante que ha sido para mí la relación con mujeres. Y ha sido esta práctica de relación la que me ha ayudado a salir del hermetismo y del borde de la locura del primer momento, y la que después me dió fuerzas para seguir estando y seguir siendo.

Voy a comenzar remitiéndome a mi experiencia de hace un tiempo. Hace unos años que conocí a algunas mujeres que formaban parte de un equipo mixto de investigación, que de vez en cuando, debatía cuestiones político-filosóficas, debates en los que yo participaba como invitada. Pero hubo un momento en que las mujeres decidieron reunirse por su cuenta para debatir otros temas diferentes. Al principio no acogí muy bien que se hicieran debates de mujeres «solas» porque pensaba que ese hecho era ya una devaluación del debate en sí y de nosotras, que el que no estuvieran presentes los hombres le restaría interés. Evidentemente no fue así, sino más bien todo lo contrario. Me di cuenta de que solo había estado valorando el hacer y pensar de los hombres de aquel equipo y eso significaba desvalorizar a las mujeres que allí había. Mirándolo desde ahora creo que allí empecé a reconocer lo que nombramos autoridad femenina.

Me aclaró lo que empezaba a modificarse dentro de mí un artículo de

Wanda Tommasi sobre Simone Weil<sup>1</sup> en el que exponía la dinámica de dependencia que se creaba entre el pensamiento del *amo* como centro y el pensamiento del *esclavo* como órbita que giraba a su alrededor. La órbita éramos las mujeres, englobadas en el centro de gravedad del pensamiento del «otro» que eran los hombres. Pero claro, una cosa es entenderlo teóricamente y la otra cómo hacer de manera práctica para que ese centro de gravedad no siguiera ejerciendo su fuerza sobre mí. Wanda Tommasi nos instaba a salir fuera de esa órbita, y eso es lo que comencé a intentar, por ejemplo, dejando de respetar reverencialmente la opinión «intelectual» de los varones -y digo intelectual ya que la otra, sobre las «cosas de la vida» ya me había enseñado mi madre que mejor no tenerla en cuenta porque la mayoría de ellos eran unos «pobres ignorantes».

Un tiempo después, cuando empecé a trabajar en la secretaría del Centro Duoda y a relacionarme con todas las mujeres que allí había -pero sobre todo, obligada por el trabajo, con Milagros Rivera- me sorprendió aquel estar entre mujeres, y por primera vez en mi vida vi mis opiniones y mi trabajo valorados de manera explícita. Esto produjo en mí un movimiento interno de expansión, de libertad. Después, al leer textos de mujeres sobre la diferencia sexual, vi que lo llamaban reconocimiento e intercambio de autoridad femenina. Y aunque había conflictos entre algunas mujeres y no todas nos interrelacionábamos en el sentido de reconocernos autoridad, sí que se produjo un fluir de energía, que al menos a mí me daba fuerza. Pero me preocupaba que esa fuerza no rewertiera hacia fuera, hacia las otras mujeres y el mundo. Que solo se quedara en una especie de fuente de energía para el bienestar privado, que en mi caso, era gran parte dentro del mundo masculino.

¿Cómo salir de ese círculo y ser más responsable en la práctica cotidiana con esa fuerza que me habían dado? Intenté engarzar los dos ámbitos y poner ese aprendizaje en circulación. Y ahí comprobé que se me producían conflictos y equizofrenias entre mi ámbito «privado» de pareja y ese otro lugar que buscábamos las mujeres. Sin embargo, seguía decidida a dejar de apuntalar con mi complicidad

lo masculino y a ponerme en otro lugar desde donde pensar y actuar. Ahora ya no había vuelta atrás. Y es en ese momento, cuando el hombre con el que había convivido tanto tiempo, a pesar de su «comprensión», comienza a distanciarse y me abandona<sup>2</sup>. La fuerza de gravedad de aquel centro alrededor del cual había dejado de girar, se convierte entonces en un torbellino de dolor y sinsentido.

Fue entonces más que nunca (ahora lo sé) cuando sentí y entendí lo que era la autoridad femenina y la mediación entre mujeres. Ellas se hicieron presentes en mi vida, empezando por mi madre. A la luz de su experiencia, de su amor y de su cuidado pude distanciarme del abatimiento y la sinrazón. Y no solo eso, sino que con su mediación están dando sentido a mi experiencia, haciéndola, como dice María Zambrano «verdad naciente y renaciente, operante, la que solo cobra su sentido al ser vivida, al transformar una vida».

Puedo mencionar aquí algunos ejemplos de estas mediaciones, como la de Montse Soler, siempre presente con el lenguaje de su música y el alimento de sus caldos. Elizabeth Uribe, con el ánimo de su palabra. Milagros Rivera, poniéndome en situación de ver la necesidad de salir del aislamiento, del caos interior, de tomar una decisión fuerte al respecto y haciéndome ver que ellas me echaban en falta y me necesitaban. E. Sanahuja, recordándome aquello que dice Luisa Muraro en uno de sus escritos: «...Lo positivo precede a lo negativo, lo efectivo precede a lo posible, y el presente es anterior al futuro y al pasado. Sí, también al pasado; y es en esa luz que más brilla donde está el valor de la respuesta reconocedora de la madre...»<sup>3</sup> O María Zambrano, presente en mi vida a través de sus textos, diciéndome: «Transparencia de la vida quiere decir no más que esté abierta para aceptar y fuerte para resistir. Aceptación y resistencia parecen ser las condiciones últimas de la vida. La primera la lleva a entrar en acción y movimiento, en transformación perenne. La segunda, a perseverar, en un cierto canon o medida.»<sup>4</sup>

Por todo lo anterior pienso que la autoridad femenina es, más que un concepto, un saber que se adquiere en la práctica de relación entre

mujeres y que nos hace posible la relación con el mundo. Va más allá de la amistad porque exige un pacto, una contratación entre tus deseos y los míos; también puede darse con mujeres que históricamente ya no están presentes. Necesita además, una transformación interior que haga posible ponerse en juego enteramente, aun delante del conflicto y la disparidad de las experiencias.

Es, en lenguaje musical, una obertura, que tiene unidad por sí misma y a la vez está bierta a lo que sigue; en la que ya se percibe la melodía de la obra y el ritmo de los instrumentos, en un juego que a veces crea tensión, pero que sobre todo crea.

#### notas:

<sup>1</sup>W. Tommasi, *Cosmos: La experiencia del cuerpo femenino en Simone Weil*, en Duoda núm.6 (1993)

<sup>2</sup>Es un hecho que no se deriva simple ni directamente de esa circunstancia, pero sí está relacionado estrechamente con ella. Respecto al término «abandonar» que tanto rubor produce en algunas mujeres concienciadas, lo he utilizado porque es el que mejor describía mis sentimientos y porque creo que es bueno para nosotras reconocerlos y nombrarlos tal como los sentimos aunque nos parezcan contradictorios con esa concienciación.

<sup>3</sup>DIOTIMA.(Luisa Muraro). *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*.(pg.18) Milano,1992.

<sup>4</sup>Maria Zambrano, *La «Guía» forma del pensamiento en Hacia un saber sobre el alma*. Alianza edit. Madrid. 1987.

## **FÁTIMA PÁRAMO**

### **Cuando hay confusión entre autoridad y poder**

El aula es testigo de emociones variadas, de relaciones de poder, de envidias y amores, de competencia y solidaridad, de amargura y strees.

Esta historia está relacionada con este contexto, con un grupo de alumnas que deciden trabajar juntas en una asignatura concreta. Las razones de unir sus esfuerzos van más allá de lo que es tener buenas calificaciones al acabar el curso, había complicidad y empatía, tenían necesidad de compartir en privado todos aquellos debates que empezaban en el aula. Continuaban las discusiones hasta altas horas del día cuando se reunían para hacer un trabajo en común. Entre las cuatro, había algunas que eran más viscerales que otras, aunque todas conseguían comunicar lo que les preocupaba sin necesidad de pelea. Las conversaciones, aunque apasionadas, eran distendidas, fluidas, la diversidad de posturas era lo habitual.

Decidieron presentar a la directora del programa, un proyecto relacionado con el tema que ella estaba trabajando, pero introduciendo nuevos elementos. Suponían que la orientación que le daban a su trabajo sería de su agrado.

Querían un proyecto bien trabajado; en clase aprovechaban cualquier momento para plantear dudas y cuestionar puntos poco claros. Notaban distante a la profesora, incluso fría a veces, pero pensaban



que era una cuestión de modo de estar y de actuar, más que una muestra de disgusto hacia su investigación o hacia sus personas. Como aún faltaba madurar su trabajo, decidieron centrar sus energías en ello y dejar de hacer preguntas gratuitas y divagar en las clases. Aumentaron el ritmo de estudio juntas, estableciendo también parcelas de trabajo por separado para aprovechar mejor el tiempo y sus energías.

Cuando vieron cerca el proceso de maduración y claras las líneas de actuación, decidieron acordar una cita con la profesora para hacerle su propuesta, querían que les diera su apoyo, la consideraban una mujer interesante además de muy competente en su ámbito. Era firme en sus propuestas sin caer en el dogmatismo y lo ideológico, potenciaba las consideraciones críticas y en sus clases debatían amplia y libremente pero con una orientación clara. Ella nunca perdía el hilo de la discusión y la provocaba.

Llegó el día de la entrevista, los nervios se apoderaban de ellas y luchaban para controlarlos, querían parecer seguras y firmes en sus consideraciones. Era un momento importante, porque además se trataba del trabajo de fin de curso, decisivo en sus trayectorias escolares.

La reunión fue cordial pero rígida, poco espontánea, correcta, pero ella no disimulaba la desidia hacia las propuestas de las alumnas. Hizo una serie de aportaciones potenciando unas determinadas líneas de trabajo y acabaron la sesión. Aquel encuentro les abrió los ojos sobre la importancia de esa mujer en sus vidas. Había marcado el vínculo establecido entre ellas, sin apenas darse cuenta.

Fue entonces cuando recibieron el mensaje, ella estaba allí para resolverles lo que quisieran, pero no podían pedirle nada más. No podían pretender que estableciera una mediación con ellas, porque no se había producido el nivel de contacto imprescindible para que les diera una medida. Seguía otro camino que no era el de ellas y no mostró ningún interés por su proyecto.

Instantáneamente la autoridad que hasta entonces había circulado en su grupo, quedó bloqueada ante la falta de autorización de su trabajo. Pero había sido una autoridad mal entendida, lo que en realidad les había unido era la profunda admiración que cada una de ellas sentía hacia aquella mujer paradigmática. Eran individualidades que se habían forzado a seguir un proyecto común por «necesidad», pero el sueño se había desmontado. Aquella mujer no había sustentado su deseo y ahora se sentían huérfanas, habían perdido el rumbo. No sabían si seguir o tirar todo a la basura.

A partir de entonces las energías mermaron, las reuniones fueron pocas, las ganas de discutir habían desaparecido así como los encuentros informales que también tenían. La autoridad y respeto que antes circulaban quedó estancada, las mediaciones entre ellas fueron más esporádicas y dispersas.

### **¿Qué fué lo que ocurrió?**

Habían concedido a la profesora el poder de juzgar su trabajo sin establecer una contratación con ella, la habían colocado en un pedestal y no supieron encajar la falta de respuesta de su parte. Reconocieron sólo el poder que la institución le otorgaba.

Luisa Muraro afirma que «esta sociedad sólo reconoce una cierta autoridad a quienes ostentan un poder», propone que «el saber estar en la diferencia en la relación con una semejeante, me permite revivir en el presente y libremente algo de la relación infantil con la madre» cosa que estas mujeres no supieron reconocer.

No existió contratación, no supieron explicitar los deseos de unas con otras, ni de ellas con aquella mujer. Quizás no supieron como nombrar esos deseos, quizás no fueron capaces de sustentarlos. No hubo reconocimiento de lo que unas y otras tomaban de las demás. No nombraron esas relaciones de intercambio que ya existían, quedaron colgadas en la indefinición. Hubo intercambio pero no

figuras de intercambio tal y como Lia Cigarini espera que haya en los contextos donde la práctica de la relación y autoridad circulan. No hubo orden ni se dió significado a su relación.

«Dar significado a la realidad a partir de nosotras» es una de las cosas que Lia Cigarini propone, considera que lo más importante es tener relación privilegiada con mujeres, pero no la mediación de cualquier mujer si no aquella en la que existe una explicitación clara del deseo y una relación de intercambio que hace crecer a ambas partes.

Para acabar me gustaría citar unas palabras de Luisa Muraro, a mi entender muy esclarecedoras de lo que ella entiende como práctica de la diferencia:

«La práctica de la diferencia consiste en registrar y saber vivir en el sentido de superioridad de otra mujer, apoyándose en ella como en una palanca para la liberación de los propios deseos».

Esto fue lo que no se dió entre las protagonistas de esta historia.